

Anécdotas de
**UN PROFESOR
DE SECUNDARIA**

Albert Pallarés



Anécdotas de
**UN PROFESOR
DE SECUNDARIA**

Albert Pallarés

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto y de las ilustraciones: Albert Pallarés

Primera edición: febrero de 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2299-0

D. L. B. 23.154-2016

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Índice

Prólogo	7
Objetos artísticos	9
Vidas paralelas	15
Dos flechazos	23
<i>Pa' matarla</i>	33
Lesbianas en el instituto	41
Viernes primaverales	47
La ley seca	55
Leyes o reglamento	63
Aprendiendo a argumentar	69
Junta de evaluación	77
Psicoterapia	83
Suicidio en el lavabo	89
Demasiados deberes	95
Negociar antes de comprar	101
Consejos vendo	109
Regalo de Reyes	117
Nos hemos puesto las botas	123
Ayuda humanitaria	131
Porritos en el patio	139
Tercer domingo de junio	145
Manduca para todos	151
Patatas o ganchitos	159

Año perdido	165
Primer día de clase	171
Finlandia	177
Cuento de Navidad	183
Padres desesperados	189
El reparto del pollo	195
Sobre el autor	201



Objetos artísticos

Esta historia ocurrió a principios de los ochenta en un instituto del extrarradio de Barcelona, cuando todavía era interino. Para mucha gente, lejos de este revisionismo que ahora los pinta de color gris, fueron tiempos de luz y color, de jornadas combativas y efervescentes, de cambios acelerados y de derribos de viejos dogmas. En aquellos años la cultura popular vivió su mejor época, consiguió prestigio social y era algo a reivindicar. Gracias a la movida madrileña, que se expandió por toda España, el pop y el rock nacionales tuvieron más creatividad y más bandas que nunca; *El Cairo*, *El Víbora* y *Cimoc* llevaron al cómic a su edad de oro; ir a ver una película de Almodóvar al cine constituía todo un acontecimiento; Radio 3 y TVE emitían programas rompedores, inimaginables hoy en día; con los ayuntamientos socialistas a la cabeza se programaron, subvencionaron y alentaron todo tipo de expresiones culturales —obras de teatro, conciertos de rock, fanzines, cinefóruns, exposiciones de fotografía—. Todo el mundo era artista y creativo; todos queríamos participar. Fue el apogeo de la cultura popular.

Aquella energía se vivió de lleno en todos los institutos de secundaria. De hecho, fuimos una especie de laboratorio social. Los jóvenes profesores que nos hicimos un hueco, con nuestro ímpetu —y nuestra inconsciencia— también quisimos protestar y cambiar las cosas. Éramos los profes enrollados, los contrapuestos a los profes fachas, los que tratábamos de tú a tú a los alumnos. Ahora lo recuerdo con un poco de vergüenza, pero yo me presentaba en el instituto con chupa de cuero, vaqueros gastados y unas John Smith rojas, llevaba la melena por los hombros y dejaba fumar en clase.

Con razón me apodaban *el Heavy*: en esa época yo tocaba el bajo en Mamatraka Subidón, un grupo de rock duro.

Una mañana, a primera hora, estaba yo en la sala de profesores cuando entró el bedel y anunció que Assumpta Pérez, una profesora de Historia del Arte, acababa de avisar por teléfono de que se encontraba mal y no podría venir.

—Mecachis la mar —dijo Rafa Grau, que estaba a mi lado y era un tío educado.

—¿Pasa algo?

—Pues sí, justo esta mañana tenía prevista una salida con Assumpta y con los de COU a La Bòbila, pero yo solo... uf.

—¿A La Bòbila? ¿Y qué hay en La Bòbila?

—Una exposición de arte contemporáneo de un colectivo de aquí, de la ciudad.

Me enseñó un díptico impreso a dos tintas por la Concejalía de Cultura en el que se veía una lata de fabada asturiana y el siguiente texto: «Hartos de harte. Exposición de objetos artísticos».

—Es que son unos treinta alumnos y, chico, no sé... son muchos para mí.

—Oye, si quieres te acompaño. Hablo con Marián y vemos cómo arreglamos mis clases.

—Hombre, Salva, no sé...

—Nada, nada, ya está decidido.

La Bòbila había sido una antigua fábrica de ladrillos (eso es lo que significa su nombre en catalán) que debido al abandono de los años se había convertido en un basurero donde sólo se refugiaban yonquis y ratas. Gracias a la presión vecinal, fue adquirida por el ayuntamiento y acondicionada como casa de cultura: tanto ofrecían clases de pintura para jubilados como programaban una charla sobre anticonceptivos a las amas de casa o servía de galería de exposiciones, como era el caso. Estaba a unos veinte minutos a pie del instituto, así que fuimos caminando para allá.

Abriendo la comitiva iba Rafa, que explicaba a los más interesados lo que nos esperaba, y yo cerraba el pelotón con los más *porretas*.

—Eh, Heavy, ¿tú quieres?

—No, gracias, por las mañanas no fumo.



Rafa era mayor que yo, tenía unos treinta y cinco años, y siempre iba correctamente vestido y peinado. Era un tipo organizado, dialogante, respetado, lo que se dice un hombre de consenso —tenía una relación correcta con todos los bandos del politizado claustro de profesores— y no tardó mucho en que lo eligieran como jefe de estudios. Además, era una enciclopedia andante de la historia del arte que se expresaba con rigor y claridad. Para los alumnos era *el Culto*.

—Actualmente, la creación artística es un puro ejercicio de voluntad, nadie es muy estricto en cuanto a formación, preparación o talento —les comentaba a los del grupo de cabeza.

—¡Eso es el punk! —dijo una de pelo pincho.

—¡Sí, como los Sex Pistols, que no tienen ni puta idea! —soltó otro.

—O los Clash.

—¡Eh, tío, los Clash tocan de puta madre! —Como siempre, el tema de la música pop y rock generaba polémica—. ¡Los Clash no son punks!

—¿Y Loquillo qué, eh? Loquillo es de Badalona.

—¡Loquillo no es punk!

Cuando llegamos a La Bòbila vimos que para la exposición habían habilitado dos pequeñas salas de la planta baja. Al ser una mañana de un día laborable, sólo deambulaban tres o cuatro jubilados entre los objetos artísticos. «Hartos de harte» constaba de una veinte-

na de obras colocadas de manera desordenada. Algunas colgaban de la pared —un panel con seis relojes Casio de pantalla digital, un teléfono Heraldó—, pero la mayoría estaban expuestas sobre peanas de diferentes formas y colores —un tambor de Colón, un cubo de Rubik, una máquina de escribir Olivetti—. Incluso un par de obras, quizá las más valiosas, estaban protegidas dentro de una caja de metacrilato transparente. Los primeros diez minutos sirvieron para que se desbravaran las cabras, para que echaran un vistazo general y saciaran su excitada curiosidad. Luego, con el rebaño más calmado, Rafa nos reunió en el centro de la primera sala, hicimos un corro en torno a él y empezó su explicación. Los jubilados también se apuntaron.

—Las imágenes, los objetos y las representaciones adquieren distintos niveles de «artisticidad» dependiendo del contexto en que se exponen.

—¡Vaya quedada, Rafa!

—¡Esto es una engañifa, tío!

—¿Qué pasó cuando Duchamp —prosiguió Rafa obviando los comentarios— colocó un orinal comprado en una tienda cualquiera sobre una peana en una galería de arte? ¿Dónde radicaba su «artisticidad»? ¿En el objeto o en el contexto?

—Un orinal no es una obra de arte —dijo una.

—¡Porque tú lo digas, lista!

—¡Chist, por favor! —corté yo—. ¿Queréis callaros y tomar apuntes?

—Duchamp —continuó Rafa a lo suyo— fue el primero en descontextualizar un objeto cotidiano y convertirlo en arte por su propia voluntad. A partir de aquello, la esencia del acto artístico es la idea y la selección del objeto, no su creación. —Señaló el bote de fabada, el que aparecía en el díptico, y dijo—: Fijaos en esta lata de judías: ¿es artística?

—¡Hombre, si eso es arte, mi abuela es coleccionista!

—¡Ja, ja, ja!

—¿Y qué me decís —continuó Rafa imperturbable— de esas matrículas de coche, eh?

—¡Que una es capicúa!

—¡Que las tres son de Barcelona!

—¡Que están abolladas!

—Correcto —dijo Rafa—. Sin embargo, el marco dorado, la peana, las cortinas y la protección de metacrilato dictan silenciosamente que son «valiosos objetos artísticos».

En ese momento, un empleado de la sala se dirigió hacia nosotros y desde detrás del corro le hizo un gesto a Rafa para que se acercase.

—Oiga, me dice la encargada que si puede venir usted un momento.

—¿Yo? ¿Pasa algo?

—No sé, no creo, es por lo del permiso.

—¿El permiso? Bueno... —Y dirigiéndose a mí, me preguntó—: ¿Continúas tú?

—Claro, hombre.

Con cierto apuro por la responsabilidad que me había caído encima, reuní otra vez al grupo, que ya se había empezado a dispersar aprovechando la interrupción.

—Venid, observemos ahora esta obra. —Se trataba de una botella de limpiacristales Cristasol, con una bayeta usada a su lado—. ¿Estáis tomando apuntes? Bien... Como os decía Rafa, la sola exposición de este vulgar objeto cotidiano en una institución pública como es el museo lo convierte en una obra de arte.



Me salió a la primera, así que me crecí. Iba a proseguir mi discurso cuando una señora de unos cincuenta años, con una bata a rayas y el pelo recogido, se abrió paso entre los chavales y cogió el Cristasol y la bayeta.

—Perdón, es que me los había dejado antes.

El cachondeo que se llevaron conmigo los alumnos tras aquella lamentable confusión con los bártulos de la señora de la limpieza no sólo duró aquella visita, sino que se alargó durante todo el curso. En un pispás mi prestigio y mi ascendente sobre ellos se fueron por el desagüe, como el agua sucia, y hasta me quedé sin *el Heavy*.

—¡Eh, *Cristasol!* —me gritaban por el pasillo—. Mira: ¡un objeto artístico! —Y me enseñaban un boli Bic mordido, por ejemplo.

—¡Ja, ja, ja!